

ANDRÉS IBÁÑEZ

Nunca preguntes
su nombre a un pájaro

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2020

© Andrés Ibáñez, 2020
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Fotocomposición Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 3357-2020
ISBN: 978-84-17971-63-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

CAMILLA: Caballero, debería usted quitarse la máscara.

EXTRANJERO: ¿Cree usted?

CAMILLA: Sí, ha llegado el momento. Todos nos hemos quitado los disfraces menos usted.

EXTRANJERO: No llevo ninguna máscara.

The King in Yellow,
ROBERT W. CHAMBERS

I

La casa era vieja, oscura y triste, pero a pesar de todo Horst se sentía feliz allí. Nunca había amado nada salvaje ni solitario, pero una mañana, descalzo en el porche de entrada y tiritando de frío en su fino pijama de algodón de rayas blancas y azules, se sorprendió a sí mismo a punto de llorar al descubrir un petirrojo en medio de la pradera brillante de rocío mañanero. Tenía una lombriz en el pico y supo al instante que la pequeña bestia de pecho color canela estaba tan hambrienta y desesperada como él mismo. Le saludó levantando la mano y el pájaro se quedó inmóvil un instante, mirándole con sus diminutos ojos negros como si estuviera intentando reconocerle. Luego echó a volar y Horst le fue siguiendo con la vista hasta que le perdió en el apacible esplendor del bosque. A continuación cogió un par de troncos cubiertos de líquenes secos de los que se apilaban en el porche y entró en la casa para encender la estufa de la cocina. Se terminaba el verano y por las mañanas el termómetro llegaba a descender a los ocho grados Celsius. El señor del otoño había comenzado a dorar las hojas de los arces y de los robles. Por las mañanas, un espeso manto de nubes color lila aparecía como recostado por encima de la línea de las montañas. A veces

veía formaciones de patos en forma de V volando hacia el sur.

La casa era demasiado grande. Era muy alargada, como un barco de largos tablones pintados de azul grisáceo, cornisas talladas y ventanas con cortinas estampadas de flores rojas, un barco encajado quién sabe cómo en el gradiente del valle. Tenía dos pisos y una buhardilla, además de un sótano que había sido invadido por los hongos y ahora había quedado completamente inservible a causa de la humedad. La buhardilla estaba vacía a excepción de una familia de lechuzas que habían logrado colarse por un fanal de respiración y habían construido allí dentro su nido, con el cual no molestaban a nadie. En el piso superior había seis dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, y un dormitorio principal con vistas al valle, que era donde Horst se había instalado. En el piso de abajo había una cocina grande y acogedora con techos de madera muy bajos para aprovechar mejor el calor, un gran salón con ventanas abiertas al espectacular paisaje del valle (el río Delaware corría un par de millas más abajo, oculto por masas de árboles estratégicamente situadas), una sala de juegos en la que había un viejo piano y toda clase de juegos de mesa de los años sesenta y setenta, un pequeño cuarto de baño con una ducha, un despacho que hacía las veces de trastero y una gran biblioteca en forma de L, oscura y densamente abarrotada de libros, que era el corazón de la casa. Según le habían explicado al alquilársela, la casa había sido un *lodge* para cazadores y pescadores de trucha durante los años sesenta y había sido luego reformada por su anterior dueño, que había dejado intacto el piso superior y había hecho discretas re-

formas en el inferior, conservando la sala de juegos, el despacho y el comedor, ahora convertido en salón de estar, y transformando los salones donde los cazadores y sus esposas tomaban *high ball*, jugaban al billar y veían *La isla de Gilligan* al caer la tarde, en una enorme biblioteca. Había además un largo porche que recorría la fachada principal de la casa, orientada al sur, que era donde él solía sentarse por la tarde, y luego giraba por la fachada este. No solía sentarse en este lado del porche, quizá porque se sentía expuesto a las fuerzas salvajes de valle, no protegido por la casa, aunque desde allí había unas vistas magníficas sobre el valle del Delaware, con las amables eminencias verdes de los montes Catskill a la izquierda y los montes Pocono a la derecha, ya en el estado de Pensilvania.

A su llegada a la casa en mitad del verano, Horst se pasaba en el porche sur gran parte de la tarde, sentado en una tumbona leyendo y escuchando la delicada música abstracta del móvil de piezas de nácar que colgaba de uno de los travesaños o bien haciendo allí los pequeños trabajos de carpintería con los que se distraía. Había reparado allí y pintado varias sillas, una mesita y una alacena, había lijado y pulido y teñido una mesa y había reparado varias lámparas de pantalla con pies de cristal de las muchas que llenaban la casa, una pequeña colección de *americana* en la que quizá había incurrido su anterior propietario, que incluía sillas Windsor de tulípero de Virginia, mesitas de media luna de patas combadas como gacelas y todo tipo de mobiliario de estilo *shaker*, arcones y taburetes, pupitres y camas, que daban al lugar un aire de honesta integridad que era al mismo tiempo vagamente siniestro. Horst jamás había

imaginado que pudiera tener el menor talento para las tareas manuales y fue el primer sorprendido al descubrirse a sí mismo disfrutando en la ferretería de Roscoe en busca de codos de tuberías o tintes para madera o informándose sobre escoplos y lijadoras, solenoides y motores de presión. Con la llegada del otoño el tiempo se hacía más frío y más húmedo y ya no se sentía tan a gusto trabajando fuera, de modo que había trasladado su taller a uno de los cobertizos, cuyo portón no se molestaba en cerrar para poder disfrutar del paisaje y de las ocasionales comparecencias de los pájaros, especialmente de un mirlo que solía visitarle al final de la tarde, pero en el que al menos estaba protegido del viento. Y había también un arroyo que cruzaba la propiedad en una sucesión escalonada de profundas pozas de agua verde adornadas con macizos de juncos y pálidas orquídeas silvestres, y también una cabaña a la orilla del arroyo, una casita sin ventanas construida con rojiza madera de enebro de Virginia que resultó ser una sauna finlandesa, sin duda la adición más reciente a la casa y también la más exótica.

Le sorprendió que el anterior propietario, al que él imaginaba como un viejo recio y austero obsesionado con la caza y la lectura, hubiera hecho instalar una sauna en su casa, y una industrial además. Aquello, ciertamente, nada tenía de la pureza colonial de las mesas *shaker*. Sólo había entrado allí una vez, a su llegada a la casa. Tenía dos espacios, un pequeño vestidor con una alacena para las toallas y perchas para la ropa y luego la sauna en sí, una estancia cuadrada con un ventanuco y una claraboya para dejar pasar la luz, en la que había repisas de madera a tres alturas y un calentador eléctri-

co, una especie de estufa cónica que tenía en la parte superior una rejilla para colocar allí las piedras. Buscó cantos rodados en el arroyo que corría al lado de la sauna, los colocó en la rejilla, encendió el calentador y comprobó que funcionaba perfectamente. Horst nunca se había metido en una sauna y la idea de abrasarse a ochenta grados como un pollo no le seducía en exceso. Hubiera preferido, de hecho, que aquella brillante adición al conjunto, con sus maderas industriales tratadas contra la humedad y el liquen, no hubiera estado allí. Prefería el decaimiento romántico de las otras dependencias, el palpar de la vieja casa, las paredes torcidas de los cobertizos, el sombrío aire gótico de los remates ornamentales del porche y del tejado, la forma en que los cimientos se fundían con la tierra y las raíces de los robles.

La casa había pertenecido a Winslow Patrick, un escritor al que él había admirado cuando era muy joven y a quien incluso había llegado a considerar uno de sus maestros. Una vez había logrado llevarse a la cama a una muchacha, una pelirroja que tenía el cuerpo cubierto de pecas y los senos asombrosamente pálidos, leyéndole pasajes de la primera novela de Winslow Patrick, *Una vida*, y en otra ocasión había estado a punto de lograr lo mismo con la esposa del decano de Rosley College leyendo en voz alta los poemas intensamente eróticos de *Insomniac*, la única colección poética de Patrick. Cuando tenía veinte años había visitado esta misma casa en una ocasión, traído hasta aquí por su amigo Markus Ohle, uno de esos mitómanos que sólo viven para conocer a hombres y mujeres famosos, y los dos habían sido bien recibidos por Patrick, que les había in-

vitado a compartir una taza de té con un chorro de aguardiente y les había advertido de que si lo que buscaban era un consejo sobre cómo se debe escribir no esperaran oírlo de sus labios, ya que no tenía ni la menor idea. Aquello, sumado al episodio de la muchacha pelirroja y al de la esposa del decano, bastó para situarle en la cima de su emperio. Los muchachos jóvenes siempre buscan a hombres maduros a los que admirar. Patrick les mostró un faisán que acababa de matar en el bosque, el orificio de la bala en el pecho, la sangre todavía roja manchando las doradas plumas, y les dijo que aquella era la mejor lección literaria que podía darles. *Escribir*, les dijo a Horst y a su amigo, *es matar; pero has de hacerlo con elegancia y sin crueldad, y siempre por una necesidad tan acuciante que no admita justificación ni excusa*. Horst nunca habría imaginado que muchos años más tarde regresaría a aquella misma casa en calidad de inquilino y que viviría en las mismas habitaciones en las que Winslow Patrick había comido, dormitado y evacuado las entrañas, y que podría disfrutar de los doce mil libros de su biblioteca y también sentarse a escribir en la misma mesa de madera de acebo en la que el viejo había escrito, según le habían asegurado, *Vieja música* o *Fuego solitario*. Patrick había muerto tres años atrás a consecuencia de un infarto de miocardio agravado por una inoportuna afición al aguardiente de cerezas. Ahora era su nieta, una joven arrogante de la forma en que suelen serlo los herederos, la que se ocupaba de alquilar la casa.

Habían sido los doce mil libros de la biblioteca de Winslow Patrick y la noticia de que, en efecto, los libros permanecerían allí, lo que le había hecho decidirse

al instante. Eva, la mujer de su hermano, le dijo que la visión de aquella biblioteca había nublado su juicio, y que estaba pagando un precio excesivo por vivir en una casa que se caía a pedazos y que estaba, además, demasiado alejada de la vida civilizada. Y era cierto que el mantenimiento de la casa dejaba mucho que desear. La electricidad era escasa e infrecuente y estaba limitada a lámparas situadas estratégicamente para lograr una iluminación general sin llegar a crear lagunas de sombra entre unas y otras, aunque muchas de ellas no funcionaban o se ponían de pronto a palpar entre chirridos, como en las películas de terror. Había además varias lámparas de keroseno en previsión de los cortes de luz, que eran frecuentes y prolongados. La potencia eléctrica de la casa no permitía usar un simple secador de pelo, y para ver la televisión tenía que apagar casi todas las luces. Resultaba inexplicable que el calentador de la sauna no hubiera hecho saltar los plomos cuando lo encendió para probarlo, otro pequeño misterio. Horst resolvió en parte el problema de la iluminación comprando bombillas de bajo consumo, las famosas «Low Tesla», realizadas según el diseño del ingeniero yugoslavo, dado que su casera, la nieta de Winslow Patrick, se negó en redondo a aumentar la acometida de luz, y cuando había cortes recurría al keroseno. Las cañerías funcionaban mal. Los desagües olían a agua estancada y los grifos emitían ruidos extraños y agonizantes. Las ventanas no encajaban y a veces había corrientes heladas dentro de la casa. Había ruidos extraños durante la noche que iban moviéndose de habitación en habitación y Horst compró veneno de ratas y también varios cepos, que colocó en la entrada

de su cuarto y en la cocina sin lograr nunca atrapar a ningún animal. Cuando soplabla el viento durante la noche, el silbido era estremecedor, como de locura o de asesinato. A menudo tenía la sensación de encontrarse atrapado dentro de una novela de Stephen King, pero a pesar de todo la casa le gustaba y se sentía feliz dentro de ella.

Solía darse largos paseos por las mañanas. Subía hasta la cantera abandonada de lo alto de la colina, o hasta la casa de Milly Staunton, una conservacionista de casi setenta años que vivía a unas dos millas a vuelo de pájaro y que solía darle manzanas o fresas de su huerto y con la que hablaba sobre lo maravilloso que era haber dejado atrás la «carrera de ratas» de la vida en la ciudad, o bien bajaba hasta el Delaware, donde había un par de casas separadas por millas de bosques y praderas de acianos y ásteres y con cuyos habitantes había establecido ese tipo de relaciones amistosas a un tiempo joviales y cautelosas que surgen generalmente entre los solitarios. Uno era el viejo Willard, el pescador, y el otro Jay Kushner, un viejo comediante que había tenido mucho éxito en el Borscht Belt durante los años setenta y que se había construido una villa con un porche de columnas griegas a las orillas del Delaware. Vivía allí solo, con un canguro bastante viejo al que llamaba Dexter que le habían regalado durante una tardía gira por Australia, rodeado de viejas fotos y viejos carteles enmarcados con marcos dorados.

Sus otras ocupaciones eran las reparaciones caseras y las visitas a los centros comerciales de Roscoe o Monticello para aprovisionarse de víveres o para buscar las piezas, herramientas o materiales que necesitaba en sus

reparaciones. Y las horas que le sobraban o que le faltaban del día, las pasaba en la biblioteca.

¡El viejo Winslow Patrick! Era asombroso cómo los autores de su generación, incluso aquellos que tenían una obra comparativamente breve y poco ambiciosa, habían logrado causar tanto revuelo. Ahora las cosas eran más complicadas, el mercado se había vuelto loco, la literatura se había llenado de géneros que lo devoraban todo y que creaban extrañas tribus de lectores mutuamente excluyentes. *Escribir es matar*, le había dicho Patrick mostrándole un faisán con un agujero de bala en el pecho. ¿Esto era algo que hubiera dicho Hemingway? Su amigo Ohle le recordó que Heimito von Doderer había dicho algo parecido alguna vez: que para ser escritor es necesario haber matado, aunque Heimito se refería a la Primera Guerra Mundial y no a disparar a los pájaros. Pero lo que había dicho Patrick era diferente: algo más crudo, quizá, aunque quizá se tratara de una simple metáfora. ¿Matar qué? ¿Matar a quién? ¿Matar el ego, en el sentido de Keats? ¿Matar aquello de lo que se escribe, en el sentido de Maurice Blanchot? Recordaba aquel cuadro que tanto le había impresionado de niño, *Experimento con pájaro en una bomba de aire*, de Joseph Wright, en el que una familia aparentemente feliz del siglo XVIII contempla cómo el padre (cuando era niño siempre había pensado de que se trataba de una familia y del padre de la familia) extrae el aire de una esfera de cristal en cuyo interior hay una cacatúa que muere asfixiada lentamente. Hay varios niños que miran la escena asustados, una niña que se tapa los ojos, un hombre que mide el experimento con un cronómetro y una pareja de enamorados que sólo se mi-

ran el uno al otro. ¿Es así la literatura? ¿Es eso escribir? ¿Matamos la cosa que amamos? ¿Sólo podemos aprender algo sobre un pájaro asesinándolo? ¿Es eso el arte, vida muerta? ¿Son bodegones todo lo que hacemos? ¿Es eso lo que representan la pintura y el arte en general, cómo se pudren lentamente las cosas?

La biblioteca de Winslow Patrick era la estancia más grande de la casa. Era oscura y triste, como el resto, pero disponía de una mesa de trabajo frente a un ventanal muy alto y de varios sofás y butacones en los que resultaba muy cómodo tumbarse a leer o a tomarse una siesta, además de interminables hileras de anaqueles de madera de roble muy oscurecidos por el tiempo, llenos de toda clase de libros, desde los clásicos hasta los manuales de jardinería, desde sutras budistas hasta novelas experimentales, desde atlas hasta series de novelas del oeste, miles de volúmenes de *Everyman's* en sucesivas ediciones de diversas épocas y casi toda la *Library of America* en ejemplares sin cubierta adquiridos en librerías de segunda mano. Le sorprendió la cantidad de libros que había en latín, en francés, en español y en italiano, y también que el viejo tuviera densamente subrayados sus volúmenes de Nabokov, un autor con el que en un principio nunca se le habría ocurrido relacionarle. También le sorprendió que tuviera tantos libros de autores sudamericanos poco leídos y mal conocidos en América como Rubén Darío, Amado Nervo o César Vallejo. Era evidente que Winslow Patrick había sido un gran lector. Dentro de una edición de los diarios de Pepys en tela verde encontró una carta de Harold Bloom en la que el famoso crítico le decía que lo lamentaba, pero que no conocía su obra y no se sentía capacitado

para escribir la «breve frase» elogiosa que le pedía. La vida de un escritor es una sucesión de humillaciones. ¿Para qué conservaba Patrick esa carta? Sin duda para mostrarla algún día, cuando fuera un autor mundialmente famoso, y hacer quedar en ridículo a Harold Bloom. Pero la deseada fama no había llegado y ahora Patrick estaba muerto.

2

El jueves amanece nublado y ventoso. Horst cree ver un ciervo entre los árboles. Nunca ha sido cazador, y la idea de matar le repugna (escribir es matar, le dijo un día, hace muchos años, el dueño de los libros entre los que vive). Luego se pone a llover, una lluvia antipática, desabrida, y Horst se va a la cocina, elige una manzana roja y se sienta en la amplia mesa teñida por él mismo de color azul celeste a leer el periódico que compró el día anterior en Roscoe. Tiene la despensa bien provista, y piensa hacer sopa de cebolla, ensalada de algas *wakame* con semillas de sésamo y salmón en papillote al horno para cenar. Todo está dispuesto, y no hace falta salir para nada. El pan rústico del día anterior se conserva perfectamente y todavía podrá comerse dentro de tres o cuatro días.

Todos los jueves por la tarde Eva, su cuñada, se pasa para hacerle una visita. Siempre ha envidiado secretamente a su hermano por haber logrado una mujer como Eva. Durante los años de su noviazgo había supuesto que no durarían mucho, y que aquella pelirroja espléndida vestida siempre de Madison Avenue y que se estaba haciendo un nombre en el mundo de la publicidad de moda se cansaría pronto de su hermano *hippie* y de su

parsimonia y de su desinterés por el capitalismo, pero no ha resultado así y los dos han tenido una hija, y luego otra más, y se han convertido en una familia y se han trasladado a vivir a Woodstock, en el norte del estado de Nueva York. Eva ha abandonado el mundo de la publicidad de ropa interior en el que estaba ganando mucho dinero, ha abandonado los trajes entallados y los zapatos de tacón, ha regresado a su *major*, la psicología, y se ha dedicado a una rama particular del análisis junguiano, el de Jean Shinoda Bolen, del cual imparte ahora talleres por los Catskills, una zona en la que abundan los ashrams y los centros espirituales (el gran ashram de Siddha Yoga está a pocas millas de allí, en South Fallsburg, y sólo en este centro se congregan algunos fines de semana hasta once mil personas) y también las pequeñas comunidades utópicas, filantrópicas y ecológicas. Los jueves tiene un taller en el vecino Narrowsburg, una pequeña población situada en el lado neoyorkino del río Delaware, y al terminar se pasa por la casa de Horst a hacerle una visita antes de regresar a Woodstock. La versión oficial es que la casa de Horst le pilla de paso y que aprovecha para descansar un poco antes de emprender el viaje de vuelta, de algo más de dos horas, aunque Horst sabe que en realidad Eva viene para ver qué tal se encuentra y asegurarse de que no está a punto de suicidarse ni cosa parecida. Sabe que su hermano y ella están preocupados por su intenso aislamiento. Varias veces han mencionado la posibilidad de que se vaya a Woodstock y que viva cerca de ellos, o incluso que se instale en la casa que tienen en el jardín, encima del garaje, un apartamento totalmente independiente. Horst se pregunta si no se dan cuenta de lo humillantes y des-

esperanzadoras que suenan tales propuestas, que sólo sirven para hundirle todavía más en la depresión.

Quedan todavía muchas horas antes de que llegue Eva, y la lluvia cae con fuerza. Horst sube al piso de arriba y se prepara una bañera. Va pertrechado de un libro: *Huckleberry Finn*. Desea reencontrarse con ese texto que leyó cuando era casi un niño igual que un ternero desea la nata y el pezón suave y rosa, desea leer para nutrirse. El agua de la bañera es de un precioso verde crisoberilo y tiene una insólita transparencia. De la superficie emanan lentos y espesos rizos de vapor. Se desnuda, y se mete poco a poco en el agua ardiente. Cuando se sumerge del todo, por fin, la sensación de placer le hace suspirar profundamente. La luz de la lluvia entra a través del cristal esmerilado de la ventana. Fuera sopla el viento y una súbita racha de lluvia golpea el cristal mientras Huckleberry desciende por el río Mississippi rumbo al país de la libertad.

Terminado su baño se seca parsimoniosamente, comenzando por los ojos y terminando por los testículos, piensa una vez más que debería comprarse un albornoz en Roscoe, o en Monticello, o donde pueda encontrar uno, o quizá dos, uno para Eva, y piensa que dos personas que comparten cuarto de baño y tienen los albornoces de baño colgados uno al lado del otro es casi como si estuvieran casados, de modo que quizá no sea una buena idea comprarle un albornoz a Eva, al fin y al cabo. Tampoco le parece adecuado pensar en Eva mientras se frota el pubis y el escroto con la toalla. Finalmente se viste, y con el cuerpo agradablemente caldeado por el baño baja al piso de abajo y se encuentra un desastre espantoso. El baño de abajo se ha inundado, y el agua

que mana por debajo de la puerta ha salido por el pasillo y ha ido avanzando, una lenta media luna oscura que se mueve lenta pero imparable, gira por la doble puerta entreabierta y se adentra en el salón, donde ya ha empezado a emparar el borde de la alfombra, una auténtica Aubusson un tanto desgastada por el uso. Horst corre a la cocina y vuelve con un cubo metálico y una fregona y se pone a recoger agua tan rápido como puede, comenzando por la lengua que avanza adentrándose en el salón. Luego corre al piso de arriba y regresa con varias toallas grandes que extiende sobre el agua para que se empapen y detengan el avance de la ola. Tarda un buen rato en recoger toda el agua y en secar el baño pequeño, origen de la catástrofe. Pero ¿qué ha sucedido?

Un disparate más de esta casa llena de disparates. Sin duda las cañerías que desaguan el baño de arriba pasan por debajo del plato de la ducha del baño de abajo (en el cual sólo hay un lavabo, un inodoro y una ducha), de modo que cuando la bañera del piso superior se vacía, el agua llena el plato de la ducha de abajo. Observa que este plato, un cuadrado de porcelana con un borde de unas tres pulgadas de altura y que tiene un sumidero de latón en el centro, está recubierto de arenilla y residuos, lo cual quiere decir que el agua lleva mucho tiempo saliendo por allí. Al parecer llena el plato de la ducha pero nunca llega a rebosar. ¿Qué es lo que ha pasado ahora? Horst trae la caja de herramientas y desenrosca con paciencia la pieza metálica del sumidero del centro. Hay un limo oscuro y asqueroso aquí dentro, mezcla de suciedad y pelos acumulados durante quién sabe cuánto tiempo. Horst mete la mano por el agujero haciendo un movimiento circular y enseguida toca un objeto redon-

deado, blando y viscoso, sin duda orgánico. ¿Qué será aquello? ¿Un sapo? ¿Una rata muerta? Aparta los dedos con asco. Sí, hay algo ahí abajo, algo que impide que el agua que entra por un lado se desagüe por el otro. La idea de tocar una rata le asquea tanto que no se atreve a volver a meter los dedos. El hueco es demasiado pequeño como para introducir por allí una herramienta. Lo intenta con un alambre, pero no logra nada. Sea lo que sea, es demasiado grande. Sube al baño de arriba, llena un palmo la bañera y luego quita el tapón. Corre escaleras abajo saltando los escalones de dos en dos. El agua tarda aproximadamente lo mismo que él por las cañerías: cuando llega al baño de abajo, brota ya a borbotones por el sumidero de la ducha. Enseguida se llena casi hasta el borde y Horst tiene que correr de nuevo escaleras arriba para poner el tapón de la bañera.

La única solución que se le ocurre es coger un escople, romper el sello de escayola que rodea la gran pieza de porcelana del pie de la ducha, extraerla del lugar donde está y ver qué diablos pasa allí debajo. Como es un fontanero inexperto, tarda más de una hora en lograr su propósito, pero finalmente, y sin romper más que tres o cuatro baldosines, es capaz de extraer la enorme pieza de porcelana, que pesa, aparentemente, unos cien kilos. Con gran dificultad la deja apoyada en la pared y se asoma a ver qué es lo que impide que la ducha desagüe. En efecto, la instalación no está bien hecha, las cañerías no están conectadas, y por la salida de desagüe surge la cabeza de un extraño animal que parece una serpiente grisácea. Tiene un ojo exánime, redondo como el de un pez, que le mira con una extraña alegría inanimada. Lo agarra de las mandíbulas con unos

alicates y tira con cuidado, extrayendo, pulgada tras pulgada, una larga serpiente gris que mide casi dos pies de largo y tiene una aleta en la cola y no es en absoluto una serpiente, sino una anguila.

—¿Cómo diablos has conseguido meterte dentro del registro del agua? —le dice Horst en voz alta al extraño animal. Está fresca, recién llegada del Delaware o de alguno de los numerosos arroyos que cruzan la región, y piensa que puede cenársela tranquilamente, aunque la idea de que el pez lleve horas, quizá días, perdido por las cañerías, le produce una intensa sensación de asco.

Ahora la luz del sol entra por las ventanas. Ha dejado de llover, y las nubes se han abierto mostrando un mundo espléndido, brillante de humedad. A través de las ventanas de la cocina, Horst ve cómo se levanta vapor de la hierba. La intensidad de las reacciones naturales de esta zona del mundo siempre le sorprende. Aquí todo es extremo, el calor, la humedad, la lluvia, el frío.

Horst saca de la nevera cuatro latas de pinta de cerveza Samuel Adams bien frías y las mete en su *backpack* de cuero negro. Luego coge una bolsa de plástico, se dirige al baño pequeño y mete dentro la anguila. A continuación se pone las botas de caminar y una parka color titanio, añade a los profundos bolsillos de la parka las llaves de la casa y el móvil al que nadie le llama jamás, sale de la casa sin molestarse en cerrar con llave y se mete en el coche, un viejo Jeep del 97, lo pone en marcha y sale traqueteando por el irregular camino de tierra que conduce a una pista de macadán que va serpenteando por los bosques hasta unirse a una carretera de una dirección y sin número que desciende en dirección al Delaware. Pasa por una granja abandonada, de la cual todavía exis-

te el buzón al borde de la olvidada carretera, muy oxidado y convertido en un nido de palomas torcaces y luego al lado de un prado salpicado de ásteres en cuyo centro se eleva el esqueleto negro de un granero que fue devorado por el fuego años atrás. Las zarzas y las ramas de los ailantos de los lados rozan con fuerza los costados del coche. Unos diez minutos más tarde se encuentra en las orillas del Delaware, frente a la casa del viejo Willard, una cabaña extendida en sucesivas reformas, aunque bastante cómoda por dentro. Sabe que Willard no está en casa, sino trabajando en el río. Es probable que lleve allí trabajando toda la mañana a pesar de la lluvia.

El viejo Willard no siempre fue pescador. Años atrás tuvo numerosos oficios, entre ellos el de marino mercante, buzo, mecánico de barcos, albañil, contratista, gerente de un *diner*, vigilante nocturno en un *mall*, ayudante de cocina en un trasatlántico y hombre rana recogepelotas en lagos de campos de golf, y también tuvo tres mujeres con las que tuvo varios hijos que le dieron numerosos nietos que, según le ha contado a Horst, no le visitan jamás y apenas conocen su existencia. Horst se ha preguntado muchas veces qué diablos hace un hombre viviendo solo en una cabaña en medio de los bosques después de una larga vida de trabajo, cómo es posible pasar a través de la existencia acumulando cosas y experiencia y acabar sin nada, qué sentido tiene ese tránsito que nos hace crecer como enormes árboles para luego dejarnos al final reducidos a una mera rama seca. Por supuesto, la reflexión vale tanto para Willard como para él mismo, aunque él no ha tenido tres mujeres, sino una, y no ha llegado a tener hijos. Todavía es joven, todavía podría tenerlos.